

á los nacionales de Utiel. Empezó una de esas largas y atrevidas correrías en las que tanta fama ganó, aumentando su gente; perseguido por Arrando chocaron en San Felipe de Játiva, donde Santés con 3,000 hombres subió al castillo y Cucala con otros 3,000 fué á Losa; menos de la mitad las fuerzas liberales emprendieron el ataque, mal servida la artillería, que no pudo hacer penetrar en el castillo mas que una granada de los 84 proyectiles que dirigió; siguió nutrido el fuego por espacio de siete horas; regresó por la tarde Cucala y hubiera desordenado á la artillería liberal á no ser por dos valientes cargas de caballería y la bravura de la guardia civil, que solo una compañía, con descargas cerradas, contuvo á mas de mil carlistas. Viéndose Arrando comprometido se retiró á Canals en buen orden. Dos compañías que estaban en la ermita de San José no oyeron el toque de llamada, y acosadas por los carlistas, se rindieron despues de apurar su último cartucho, y de amenazarlas con arrojar petróleo é incendiar la iglesia, como Cucala incendió la estación de Alcira: 348 prisioneros, cerca de 4,000 duros, caballos y tabaco se llevaron los carlistas.

Alcover, Rico, Aznar y otros que recorrían los límites de las provincias de Valencia, Alicante, Albacete y aun la de Murcia, cobrando contribuciones en muchos pueblos y atacando á otros como Yecla, llegaron hasta encontrar abiertas las puertas de Orihueca, que los recibió con repique de campanas y músicas. Veíanse bien ayudados por los cantonales de Cartagena, pues no de otra manera hubieran podido penetrar en el corazon de la ribera y enseñorearse de Játiva. La pericia de aquellos partidarios, excepcion hecha de Santés, no era temida; sus movimientos desacertados, aun sin verse perseguidos, y su principal cuidado lo ponían en reclutar mucha gente y recoger abundante dinero, sin reparar en los medios.

Los liberales no obraban por su parte con mejor acierto en cuanto no procuraron á toda costa encerrar á sus enemigos en los puertos de Beceite y en los montes frente á Castellon, donde su mismo número de gente hubiera sido su mayor enemigo, porque habrían carecido de los recursos necesarios, aun para vivir malamente.

Nombrado don Manuel Marco jefe de las fuerzas carlistas de Aragon, procuró organizarlas debidamente; careciendo de oficiales creó un colegio de cadetes, bien dirigido por el farmacéutico Lacambra, nombrado tambien gobernador de Cantavieja, y para proveerse de armas, de recursos y de cuanto necesitaba, efectuó algunas expediciones que aumentaban además sus fuerzas que excedían ya de 2,000 hombres. Entró en Daroca, desarmó á los voluntarios de Villafeliche y de Molina de Aragon; Segarra rendía despues de una tenaz resistencia á los voluntarios de Ulldecona; reconcentrados entre Amposta y Vinaroz los carlistas del Maestrazgo, corriéndose á la llanada de Castellon de la Plana por ellos tan codiciada, tuvieron lugar pequeños encuentros, y en Aragon, pero no impidieron que sucumbiera Caspe, la famosa villa á que dió imperecedero nombre el célebre compromiso, cuya bandera conmemorativa se llevaron, uniéndoseles 200 hombres. Evidente el aumento de los carlistas, eran mas frecuentes sus atrevidas algaradas, entrando en poblaciones importantes, aumentando así su crédito y sus recursos. De estas expediciones, ningunas tan audaces como las efectuadas por Santés, que llegó al amanecer del 16 de octubre á Cuenca habiendo efectuado en dos dias una marcha de 33 horas. Por esto fué la sorpresa completa; pues aunque los voluntarios habian estado por la noche sobre las armas, al saber la llegada de los carlistas á Allobuey y su direccion á Almodovar, se retiraron precisamente cuando llegaban los enemigos. Ocuparon estos las alturas de derecha é izquierda que dominan el hospital y los puentes, y Santés entró en la ciudad internándose hasta la Glorieta, ya bajo el fuego enemigo. Quiso repararse el descuido de las autoridades con la precipitacion, ya tenían los carlistas rodeado el cuartel en el que no habia mas que 85 quintos mal armados; se abrieron las puertas y quedaron prisioneros; esto hizo inútil la resistencia de los voluntarios, y ofreciéndoles respetar vidas, personas y haciendas, capitularon (1).

(1) «Esperando reunir todo lo estipulado permaneció Santes en la

Justamente orgulloso Santés con el triunfo que acababa de obtener, que le valió el ascenso á brigadier y aumentar su gente con 300 hombres, siguió sus aprovechadas excursiones, le recibieron en Chelva con arcos de triunfo, y merodeó por la provincia de Valencia á la vez que los federales de Cartagena aparecían en las aguas del Grao, favoreciéndose mutuamente. Penetraron los carlistas en las importantes poblaciones de Hellín y Caravaca, á la vez que en la parte opuesta, en Aragon, pernóctaba Marco en Albarracín y se sitiaba á Morella. Pululaban ya infinitas partidas por toda esta parte oriental de España, y como si su principal mision fuera destruir, incendiaron casi todas las estaciones del ferro-carril de Valencia á Barcelona.

Apenas se comprendían aquellas expediciones hasta casi á las mismas puertas de Valencia, hasta la opulenta Liria, recorriendo la ribera, la huerta, todo lo más fértil de aquella privilegiada region y penetrando en la provincia de Albacete, sin que se les opusiera un par de regimientos de caballería, y esto, cuando se estaban estropeando por falta de alimento los caballos requisados. Y no era solo Santés: Corredor recorría á la vez los valles de Sagunto, y obligaba á destruir los fuertes y murallas de Segorbe; Mir y Sierra Morena andaban á sus anchas en la provincia de Castellon por la parte de la costa, y Cucala, Segarra y otros que tambien habian hecho fructíferas excursiones, continuaban en su empeño de apoderarse de Morella, desguarnecida de artillería y con 460 hombres del ejército y voluntarios para su custodia.

Rechazadas las mejores propuestas de capitulacion, resistieron valerosamente las tenaces acometidas de los sitiadores, arreiciando cada dia en sus ataques y hasta penetrando por el alcantarillado del agua, empezando los trabajos de mina y hornillos para volar el muro. Había intentado Santa Pau levantar el cerco y aprovisionar la plaza, pero tuvo que retroceder desde Monroyo. Don Romualdo Palacio que se acababa de encargar de la Capitanía general de Valencia se dirigió á auxiliar á Santa Pau en su socorro á Morella, y no pudiendo acudir Santa Pau por tener que atender á la provincia de Huesca, en la que habia entrado Gamundi, se decidió Palacio á salvar á Morella, tomando el camino de Albocácer y Ares del Maestre, teniendo que salvar posiciones, que bien defendidas, no podían permitir el paso de ninguna division. Ocupábanlas las fuerzas de Vallés, Segarra, Cucala y Polo, pues ni Marco, ni Santés, ni otros, quisieron concurrir al combate, por celos y rivalidades; trabóse reñida accion favoreciendo á los carlistas lo ventajoso de sus posiciones, si bien les contrariaba la carencia de artillería que tan útil fué á los liberales, opusieron aquellos gran resistencia, pero fué mayor el ímpetu y decision de las tropas que les obligaron á abandonar sus fuertes posiciones, y á declararse en retirada hácia Benasal. Todavía se peleó de noche para ocupar la Muela de Ares, como se consiguió, así como la concentracion de todas las fuerzas en Ares, que era la victoria. Excedieron de 300 las bajas de unos y otros combatientes. Se salvó Morella y se levantó la moral del soldado.

Triunfó poco despues Weyler de los carlistas en Pinar del Rincon y en Bocaliente, en cuyos empeñados combates hubo cañoneo, cuatro terribles cargas á la bayoneta, perdiéronse y recuperáronse dos cañones, y peleóse con la bravura y encarnizamiento que tanto ofusca al hombre en civil contienda. Así hubo gran mortandad en poco tiempo; así habia pedazo de terreno, una tahulla, donde se contaron 14 cadáveres. Y en

ciudad hasta la tarde del 17, habiendo recogido 70 caballos, 400 fusiles y carabinas Minié, 300 fusiles del pacto, sables, espadas, monturas, vestuarios y otros efectos, y millon y medio de reales del Estado. Del peligro que corrían estos fondos avisó el Banco de España al gobierno ocho dias antes, pidiendo inútilmente una escolta para traer á Madrid aquellos caudales.

»No ignoraba el ministerio lo amenazada que estaba Cuenca por Santés, por lo que era incomprensible su abandono, ligada su serranía con la de Albarracín, y esta con el Maestrazgo; y si no tenían ahora los carlistas un Cañete y un Beteta, pudieron realizar su pretension de bloquear á Madrid, estableciendo su centro en las sierras, de donde costara mucho desalojarlos. Pero los liberales y los carlistas no se cuidaban mas que del día.»—*Historia contemporánea*, etc.

aquella accion, la mas importante de las que por entonces hubo en el Oriente, llegó á estar indecisa la victoria, y aun en momentos dados, pareció lisonjear á los carlistas pudiendo considerar derrotados á sus enemigos.

Santés marchó á Mogente, donde se apoderó de 118 caballos de la requisita hecha en Valencia por el gobierno, y de algunos individuos de los que los escoltaban en el tren. A celebrar las festividades de fin de año fué á Chelva, donde permaneció tranquilo hasta el 6 de enero del siguiente.

Por la parte de Castellon ocuparon los carlistas á Onda, á seis leguas de la capital; Mir, Sierra Morena y Giner, continuaban tranquilos en Nules, Burriana, Villareal y Almazora, dueños de la carretera y del ferro-carril, dominando en la costa; cayeron sobre Sagunto, y para vencer la resistencia de algunos liberales refugiados en el municipio, le prendieron fuego, y á la escuela y la cárcel, cometiendo grandes excesos durante su permanencia en la villa, que á la aproximacion de Golfín evacuaron, llevándose rehenes y prisioneros, de los que Cucala fusiló en Bechi 16, por el placer de fusilar.

Sin verdadera unidad de mando en esta parte oriental de España, se nombró jefe superior á don Manuel Salvador Palacios, que se halló al frente de 9,000 infantes y 600 caballos, mal armados y equipados, y con los que no podía hacer mucho por la mutua enemistad que reinaba entre los jefes.

Grandes esfuerzos se hacían para que en Andalucía se ayudara mas eficazmente á los carlistas; se formaron proyectos, se escribieron listas de adeptos con los que mas especialmente se contaba para recaudar dinero; en Sevilla se habian inscrito antes de julio mas de 40,000 duros, de cuya recaudacion se encargaron los Sres. Maestre, Saldariaga y Verdejo; se ordenó la formacion de comisiones de socorro y para enviar al ejército del Norte los oficiales y clases que lo deseaban; y si bajo este concepto no aumentaron muchos andaluces las filas de sus correligionarios, ya que no con sus personas, contribuyeron con sus donativos, siendo considerables los que hizo Andalucía.

Mergeliza, Merendon y algunos otros se esmeraban para aclimatar la guerra en la Mancha, tratando de imponerse con bandos como el del 28 de agosto, amenazando con el asalto y el incendio á la poblacion que resistiese, con la pena de muerte al que diese parte de sus movimientos y al que llevara aquel, y 6,000 reales al padre que impidiese la incorporacion de sus hijos, si lo deseaban, en las filas de don Carlos. Había dado otro bando Mergeliza para impedir la entrega de los mozos de la reserva; pero ni estas ni otras parecidas providencias, y aun algunas pequeñas ventajas obtenidas por estos ú otros de los partidarios que recorrían las provincias de Toledo y Ciudad-Real, les permitieron medrar como deseaban, aun cuando ayudaron á distraer la atencion del gobierno y las tropas los republicanos federales de algunos pueblos.

LIBRO VIGÉSIMO SEGUNDO

EL PODER EJECUTIVO Y LA RESTAURACION

CAPITULO PRIMERO

Administracion.—El 3 de enero de 1874.—La Guardia.—Portugalete.—San Pedro de Abanto.—Combates del 25, 26 y 27.—Sitio y defensa de Bilbao.—Las Muñecas.—Galdames.

El crecimiento que habian tenido los carlistas exigía organizar su administracion. Nombráronse juntas de armamento y defensa, de suministros y otras, ayudando todas á las diputaciones, que eran un verdadero poder, formando sus disposiciones un cuerpo completo de gubernacion, de hacienda, de

Nombrado Sabariego comandante general de la Mancha, Toledo y Extremadura, organizó algo aquellas fuerzas, recorrió todo su territorio, penetró en Urda y otros pueblos importantes y estuvo á punto de hacerlo en Almagro y Trujillo, y en un pequeño combate con una columna de guardia civil, le alcanzó una bala cuando acababa de mandar retirar la guerrilla con el fin de ver si le seguía la guardia civil, y se habia apeado para reconocer la causa de la cojera de su caballo. Replegáronse los carlistas que estaban empeñados en la accion para atender á su jefe, que falleció al llegar á Deleitosa.

En la provincia de Guadalajara, se acusaban mutuamente los jefes carlistas hasta de falta de lealtad. Solo obraba por su cuenta sin importársele mucho de los demás, Villalain, al que don Carlos separó del mando de las provincias de Guadalajara y Cuenca, quedando sus fuerzas incorporadas á las de Marco y á las órdenes de este.

El alzamiento que se preparó en Castilla la Vieja, no llegó á realizarse por ser descubierto en parte, quedándose el cura Ayala, que seguía constante é infatigable, sin el apoyo que esperaba. No le impidió esto reunir algunos centenares de carlistas en la provincia de Burgos. En la de Logroño se reclutaban mozos, que Saltaviñas conducía á Orduña para armarlos é instruirlos. Hierro y los que se mostraban activos en las provincias de Palencia y Leon, no obtuvieron grandes resultados. Quiso don Fernando Fernandez de Velasco efectuar un movimiento en Santander, en combinacion con otras fuerzas, mas solo consiguió, bien ayudado, levantar partidas en Reinosa, valle de Camargo y otros pueblos, marchando á Valmaseda á reunirse con las de los valles de Trasmiera. Las que se levantaron en el de Liébana, quedaron en aquellas excelentes posiciones para mantener la comunicacion de Vizcaya con Asturias.

Así merodeaban los carlistas desde las Encartaciones hasta el río Pas; Crespo y Solana dominaban el partido judicial de Reinosa, excepto su capital; tenían aduanas para los carros en Soncillo y en Pozazal, recaudando en la primera 6,000 duros en pocos dias; imponía Navarrete á la empresa del ferro-carril la contribucion de 1,000 duros diarios, pagaderos por quince dias adelantadas á la junta á guerra residente en Valmaseda, quedando prohibido el transporte de tropas y efectos de guerra; entre Cabuérniga y Potes merodeaban Lázaro y Movellan; todo contribuía á aumentar la deplorable situacion de aquella hermosa parte de Castilla, de aquella grande extension de terreno que recorrían los carlistas; y si esto parecia extraño, éralo mas que se presentaran ante Villarcayo, en número de mas de 1,000 hombres. Rosas y algun otro partidario procuraban trabajosamente organizar la guerra en Asturias; y si en Galicia obtuvieron los carlistas algunos pequeños triunfos, terminaron cuando hubo autoridades celosas, activas é inteligentes, que se interesaron eficazmente por la paz de su distrito.

todos los ramos de la administracion pública, sin excluir el de guerra. Aunque cada provincia tenía sus juntas, conferenciaban á veces reunidas las vascongadas y navarras, para tratar de asuntos que á todas afectaban, como para ciertos pagos y arbitrios y para el arreglo de correos y telégrafos. En Vizcaya llegó á reunirse la junta de las merindades, que suscitó la cuestion de si habia de tener carácter deliberante ó ser junta auxiliar especial permanente de guerra, y siendo delicado y comprometido para la diputacion aceptar en principio de derecho foral la idea de junta de merindades, no reunida en todo el presente siglo, á pesar de las grandes vicisitudes y guerras

por que había pasado el señorío, sino la congregación del país en Guernica; observando que las de merindades que antiguamente se celebraban, habían caído en desuso, que se carecía de antecedentes históricos para consultar é ilustrarse acerca de tan importantísimo punto, y no queriendo cometer un acto contrario á la nueva jurisprudencia que regia, dejaba íntegra esta cuestión á los concurrentes, eludiendo toda responsabilidad y aceptando lo que determinasen, y se declaró constituida la junta permanente de merindades, que no proporcionó al país mas que la imposición de algunos millones de reales para el sosten de tan destructora guerra, é impuestos sobre la riqueza territorial, no sobre la industrial y comercial por faltar los datos estadísticos. No podía evidenciarse de mejor manera el desorden administrativo de que era víctima la provincia de Vizcaya; así como la insistencia del partido carlista en que los antiguos fueros, «con todos sus defectos y anomalías, fuesen restituidos á Vizcaya en toda su integridad, á pesar de haber reconocido en diferentes épocas sus hombres mas importantes la imposibilidad de poner en práctica muchas de sus leyes en desuso desde lejanos tiempos» (1).

De grande auxilio eran estas juntas y diputaciones para la causa por cuyo triunfo trabajaban; pero tenían el inconveniente de mantener vivo el espíritu de provincialismo, tendiendo cada corporación á hacer de su provincia un pequeño estado independiente, que influía de una manera deplorable en el orden militar, pues cada provincia quería tener su ejército para su territorio; desagradaba que de él saliera y viniese al suyo el de la provincia vecina, y esto lo exigían con frecuencia las operaciones combinadas.

No reinaba á veces tampoco la mejor armonía entre las juntas y los jefes militares, y hasta por cuestiones tan baladíes como la del tratamiento, mediaron agrias contestaciones entre Dorronsoro y Lizárraga, y en las que este mostró tener en mas la causa carlista y la buena amistad que debía reinar entre todos que etiquetas pueriles. Lo mismo sucedió respecto á disponer ó no de la escolta de la diputación, y sobre la propiedad de unos cañones.

Contribuyeron mucho estas diputaciones y juntas á exacerbar las pasiones, pretendiendo sus individuos ser mas carlistas cuanto mas exageradas y feroces eran sus determinaciones contra los liberales, estuviesen ó no en armas, y si no podían mostrar su iniquia contra las personas de los que estaban ausentes, la mostraban en sus propiedades.

Las diputaciones liberales de las provincias Vascongadas y Navarra luchaban con mayores inconvenientes que las carlistas, porque estas representaban el espíritu general del país y se imponían con menos consideraciones que las liberales. Necesitaban estas hacer esfuerzos, sacrificios inmensos para sostener el espíritu liberal, combatir á los enemigos y satisfacer los deseos de los jefes del ejército, que demandaban los recursos que del gobierno debían recibir y no llegaban puntualmente.

Todo se resentía del estado de la guerra, de la perturbación que reinaba en todo; así que desde el 11 de febrero en que se inauguró el tercer período de la revolución, sucedieron en diez meses seis ministros de Hacienda, bastando esto para completar su desorden, pues por grandes cualidades que reuniesen y abundando en los mejores deseos y en el mas acendrado patriotismo, nada podían realizar ante la continua agitación que reinaba, y agobiados por todo género de contrariedades.

La situación del tesoro público en 28 de febrero de 1873 presentaba un déficit de 428.593.326'83 pesetas, habiendo descendido en 15 de abril á 412.111.324. Para atenderle, se contaba con la negociación de billetes hipotecarios en cantidad de 150 millones de pesetas, y la de pagarés de los compradores de las minas de Riotinto, que ascendía á 87 ¹/₂ millones de pesetas; todo lo cual era insuficiente, y los gastos seguían aumentando. Esto en un presupuesto de gastos de 591.950.971 pesetas y 40 céntimos.

El desnivel del presupuesto llegó á hacerse superior á la riqueza tributaria del país. Se exponía con triste verdad la an-

(1) D. J. A. Delmás.

gustiosa situación del tesoro; se llevó á casi todos los ramos el espíritu de economía hasta donde se creía posible; se destruyeron inveterados abusos; se simplificaron en algo varios servicios públicos que aun observan vergonzosas rutinas basadas en una suspicaz ignorancia; y mas hubieran hecho aquellos ministros que se sucedían como cuadros disolventes, á contar con mas tiempo y mas libertad de acción.

El señor Tutau ideó imponer la circulación forzosa de los billetes del Banco; el señor Carvajal obtuvo de las Cortes el empréstito forzoso de 175 millones de pesetas, reintegrable en 10 años; y justo es consignar, rindiendo el debido homenaje á la verdad, que antes y despues de la guerra civil, la cantonal y la de Cuba, los ministros que se han sucedido, de muy opuestos bandos, todos, sin vacilar, han cumplido con su deber, cargando con las mayores responsabilidades y soportando las inmensas amarguras que la gestión de la Hacienda trae necesariamente. No podía atenderse al pago de las obligaciones mas apremiantes y allegar los recursos necesarios para satisfacer los intereses de la deuda vencidos en 1.º de julio, que excedían de mil millones, sin completar los de los dos semestres anteriores, quedando ilusoria, precisamente en el segundo semestre, la oferta que se hizo á los acreedores de estar asegurado por cinco años el pago de las dos terceras partes que debían percibirse en metálico.

Imposible la continuación de aquel estado de cosas, tuvo Castelar el valor de combatirse á sí mismo, y considerando que no podía haber patria sin orden, sin ejército y sin administración, á conseguir todo esto dedicóse afanoso sin mirar las ideas políticas de los que habían de defender la patria, organizar el ejército y ordenar la administración. Restableció el cuerpo de artillería, encomendando su dirección al general Zavala, volviendo á su puesto casi todos los oficiales, pues algunos sirvieron con los carlistas; la disciplina era ya una verdad, la subordinación su consecuencia; renació la confianza, y fué fundada la esperanza que se tenía en el mejoramiento de la cosa pública.

De todo se necesitaba para hacer frente á tantos peligros y males como asediaban al gobierno y cansaban á la nación, para reunir los muchos elementos que eran ya necesarios para acabar la guerra civil, que tan grandes proporciones había adquirido; y eso que don Carlos desperdició las ocasiones que los federales le proporcionaban, y careció de jefes capaces para hacer frente á los peligros que se aproximaban y habrían de abrumarle en breve, ni estaba rodeado de los consejeros que su situación necesitaba. Contaba don Carlos con grandes y valientes masas; pero no con jefes; porque don Joaquín Elío pertenecía ya á la historia: al carácter indolente que siempre le ha distinguido, se unía lo avanzado de su edad, y aunque esto podría no ser obstáculo tratándose de una guerra extranjera, es una dificultad insuperable, es un imposible en una lucha civil en la que es imprescindible esa movilidad constante, esa actividad febril que exigen las operaciones frecuentemente improvisadas, y efectuar movimientos por montes y veredas, donde ni á caballo puede transitarse en algunos puntos. El caballero marqués de Valde-Espina, aunque sordo, sería un excelente ministro de Estado, pues aunque estudiara la ciencia militar en su palacio de Astigarraga, no era el llamado á distinguirse practicándola. Don Cástor Andéchaga valía mucho, pero era un anciano que apenas supo salir de las Encartaciones en la pasada guerra: Lizárraga, quizás el carlista de mas fe y el mas fervoroso cristiano, supo batirse pero no mandar, y se le atrevió el mismo cura Santa Cruz: Dorregaray fué excelente organizador, y posee buenas cualidades militares, pero le faltó arranque para vencer las contrariedades que le suscitaban; lo mismo sucedió á Mendiri, dotado de grandes conocimientos militares, de acrisolada honradez y de gran dignidad, y Olló y Radica infundieron con justicia grandes esperanzas, pero les arrebató pronto la muerte. Otros se hubieran distinguido sin las causas que lo impidieron, y ya veremos. Todos eran valientes, pero no bastaba esto. ¿Qué concepciones que revelen genio ni aun atrevimiento se han visto en el año de guerra que hemos narrado? ¿Cuánto mas no ha hecho Santés en el oriente de España que tantos jefes en el norte? La toma de Estella fué empresa de un batallón, y

allí la guerra ha estado limitada siempre á la defensiva, gastando fuerzas en un sitio como el de Tolosa, que no tenía importancia militar ni política en el estado en que se puso la guerra, y dejaron llegar á Moriones á esa misma población, habiendo pasado de noche por puertos, barrancos, desfiladeros y cañadas, sin que le molestara ni un aduanero.

Adolecían tambien los carlistas de esa honda división, achaque de todos los partidos en España, no contenida ni aun por la desgracia. Hubo, pues, en esta guerra civil, la misma lucha que en la anterior, agravada con la que existía entre los viejos y los nuevos carlistas; y esto sin tener en cuenta lo sucedido con Santa Cruz y con Cabrera. A atormentábanles los mismos elementos disolventes que causaron su anterior desastre. Toleraron, pero no perdonaron á los que convinieron en Amorevieta, y transigían mas que con estos con los convenidos en Vergara, aun cuando tampoco los querían; faltos los viejos carlistas de un jefe de mediano valer, aceptaron á Elio, enemigo siempre de los apostólicos y procesado por ellos: dándose el contrasentido de que le combatieran los nuevos carlistas: de todos modos, no era Elio, seguramente, el llamado á dirigir á aquellos: por carácter y por costumbre, no era hombre avezado á las luchas políticas, y fué fácilmente vencido, reemplazándole Dorregaray. Los nuevos elementos del carlismo triunfaron en sus filas; pero como eran justamente los que menos popularidad tenían, el disgusto fué creciente y tomó grandes proporciones.

En Cataluña no pudo reducir don Alfonso á aquellos partidarios catalanes, tan altivos como independientes, y menos pudieron hacerlo Savalls y Tristany, que ni entre sí armonizaban. En Aragón, Villalain tuvo que ser preso por Marco, y fué origen de serios disgustos y graves desavenencias, siéndolo tambien el mutuo proceder de todos aquellos partidarios. Preso Mir, y en desavenencia casi todos los caudillos de la provincia de Valencia, no consiguió Palacios, como se propuso, armonizar voluntades.

Entre los liberales, no era obstáculo el comun enemigo y el mayor peligro para dar rienda suelta á las pasiones, y como si no bastara la sangre que se derramaba contra el carlismo, peleaban tambien los mismos liberales unos contra otros; se asesinaba á generales que habían derramado su sangre defendiendo la libertad, y se insubordinaba y disolvía el ejército al frente del enemigo. Este utilizó las disidencias y discordias de los liberales; pero no sacó de ellas el provecho que pudo sacar, ni aun de las torpezas que cometió el gobierno. Así como este, al principio de la lucha de los siete años, tuvo en sus casas á las milicias provinciales, cuyos batallones fué llamando paulatinamente, y á medida que la necesidad era imperiosa, en la guerra que nos ocupa se probó sustituir la quinta con los voluntarios francos por no llamar las reservas, y hubo al fin que llamarlas, y aun admitir la sustitución, debiendo haberse empezado por lo que despues se hizo.

No solo carecían los carlistas de jefes del prestigio y valer de los de la primera guerra civil, sino que ni aun tuvieron expedicionarios de la audacia de aquellos, y menos de la de Gomez. No eran tan fáciles, seguramente, estas algaradas con el nuevo armamento, que no se alimentaba como el antiguo con dos baleros por compañía, que hacían en una noche cuantos cartuchos podían consumirse en el día en el mas empeñado combate; pero como el mayor mérito de los expedicionarios era eludir encuentros, no había jefes capaces de tales expediciones. La primera se encomendó á Gamundi, y apenas pasó de Sangüesa, cercano al punto de partida; la que posteriormente salió de Vizcaya contra Santander fracasó por la lluvia; únicamente Santes ejecutó esas atrevidas algaradas, recorriendo dos veces una llanura de 50 leguas. A falta de audaces expedicionarios, había un Rosa Samaniego, que arrojaba á sus víctimas á la insondable sima de Iguzquiza.

Esto no obstante, en un año, había adquirido la guerra civil colosales proporciones. Los partidos liberales han hecho pronunciamientos, han derribado gobiernos, regencias y dos dinastías; solo el partido carlista ha producido tres guerras civiles.

Bien conocían los carlistas la importancia de extender su dominación por todo el Norte de España, ocupando el terreno desde el cabo de Ortegal al de Creus; pero ellos mismos con-

fesaron que «tanto por Santander como por la parte de Aragón que linda por Navarra y se extiende hasta Cataluña, las ideas revolucionarias estaban muy extendidas en los habitantes de esas comarcas.» Estériles los esfuerzos que hicieron para encadenar las fuerzas carlistas de Cataluña con las de las provincias vascas, Castilla y Galicia, tuvieron que renunciar á ello, y siguieron allegando elementos, montando talleres, fábricas y maestranzas; se trabajaba con afán en Vera, Bakaicoa, Placencia, Eibar, Elgoibar, Azpeitia y Arteaga, en cuya ferreteria se construyó un horno para fundir cañones, se creó la administración militar, creció el cuerpo de ingenieros, se formó una sección de telegrafistas de campaña, que avisaba por medio de banderas los movimientos de los liberales, y se instituyó un colegio de cadetes.

En Madrid se verificaban en tanto, sucesos extraordinarios aunque no imprevistos. Poco satisfecho el capitán general de Castilla la Nueva don Manuel Pavía, de la situación del país al terminar el año de 1873, la expuso á Castelar, y el triste porvenir si ocupase el poder un gobierno federal cantonal. Asintiendo el presidente de la República, propúsole Pavía prorogara la suspensión de las sesiones de Cortes, á lo que se opuso declarando no perdería un átomo de legalidad; que se presentaría á las Cortes el 2 de enero, y si era derrotado, se retiraría á su casa á llorar los males de la patria. Grandes eran estos por la conspiración latente de todos los partidos y una gran parte del ejército, sin mutuo acuerdo y llevando cada uno su bandera; las Cortes iban á lanzar del poder á Castelar; se temía la formación de un ministerio que no fuera obedecido por el país y el ejército, y no pudiera imponerse á sus mismos correligionarios, y entendiendo Pavía que aquella Cámara era impotente para gobernar, se decidió á un hecho que consideró como salvador de la patria, á «cometer, son sus palabras, el acto de herejía política en España, de entregar el poder y su bandera á los representantes de todos los partidos políticos, exceptuando los que se hallaban en armas, que eran los carlistas y federales, para inutilizar con el patriotismo, el desinterés, la razón y la justicia á todos los ambiciosos que quisieran oponerse á su bandera.» No quiso ser dictador, como pudo haberlo sido seguramente, y mas de una vez le hemos oído decir que prefirió suicidarse políticamente para las personas insensatas, y no quería salvar al país para arrojarlo en brazos de la anarquía.

De acuerdo con los representantes de los partidos, preparó el golpe de Estado del 3 de enero de 1874, sin auxilio alguno de ellos, ordenándoles únicamente estuvieran en casas contiguas al Congreso el día que lo disolviera, para llamarlos y entregarles el poder que recogería de la Asamblea.

Se examinaron las formas de gobierno que debían regir despues del golpe de Estado: los mismos partidarios de la restauración de don Alfonso reconocieron no estaban aun en actitud de plantear esta solución, ni convenidos con muchos de los monárquicos revolucionarios de setiembre que habían de hacerse alfonsinos: no existiendo una personalidad superior que hubiera podido ejercer la dictadura, no era posible una interinidad, vistos los escasos resultados que la anterior había dado, y solo la república unitaria era la que por derecho propio podía ser aclamada.

Castelar se condolió amargamente con el general Pavía, de que al día siguiente le derrotasen en la Asamblea; Pavía le manifestó que si era derrotado y sustituido por un gobierno federal estallaría la anarquía si no se encauzaban las distintas y múltiples aspiraciones que existían; trazó un cuadro triste de lo que podría suceder, y se separaron estos dos personajes, resuelto uno á retirarse á su casa á llorar los males de la patria, y el otro á efectuar su golpe de Estado, que estuvo expuesto á inutilizarse aquella noche por un pequeño incidente, por el que llegó á creer Pavía que de él se desconfiaba.

La lucha legal estaba en la Cámara, cuyo presidente llevaba la bandera de oposición; y no se puede confundir, sin grande injusticia, con los elementos exagerados de la izquierda y el cantonalismo, al que con mano vigorosa había acorralado en Cartagena la insurrección cantonal, al que fué el primero en apelar á la lealtad de generales hasta enemigos de la república, para que le ayudasen á pacificar el país, y al que por no